

hasta que él mismo lo hizo en el prólogo que escribió para la edición que juntamente con el *Borracho Burlado* del conde de Peñaflores y *Gabon-Sariak* de sor Luisa de la Misericordia, preparó de la citada obra para la Editorial «Auspoa». Se basó para ello en que el lenguaje empleado en el *Acto para la Noche Buena* no es indudablemente vizcaíno del siglo XVIII, sino más bien de finales del XVI o principios del XVII. Por otra parte se desconocen las bases sobre las que se asentó Guerra para atribuir la obra a Barrutia. Pues en puridad de concepto, el único dato que se puede manejar es que Guerra puso el nombre de Barrutia al pie de la copia que se conserva en la Biblioteca de la Academia Vasca.

Señaló a continuación los caminos que se han recorrido para que dicha obra llegue al conocimiento de los estudiosos, e hizo particular hincapié en las acres polémicas que mantuvo con los académicos Sres. Labayen y Aquesolo.

Hizo finalmente mención, por primera vez en público con nombres y circunstancias concretas, del hecho de que dicha obra fue plagiada por Manuel Ziarsolo, y premiada como si este último fuera su real autor por el Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo».

Finalmente enumeró las virtudes del *Acto para la Noche Buena*, para lo cual repitió en líneas generales los argumentos que en conferencia dictada en la Biblioteca Provincial de Vizcaya fueron posteriormente publicados en esta misma Revista *EUSKERA*.

Despidió su conferencia diciendo que Alava bien puede estar orgullosa de haber visto nacer de una hija del pueblo en su tierra al supuesto autor de tan interesante obra, aunque fuera concebido de caballero de la Orden de Santiago en tierras de la provincia de Guipúzcoa.

DISERTACION DEL P. AQUESOLO SOBRE LA FIGURA DE ULIBARRI

En este acto, que se quiere sea un homenaje-recuerdo a los escritores euskéricos alaveses, creo que no debe faltar cuando menos una mención para un contemporáneo de Barrutia, el jesuita Juan Bautista de Gámiz, escritor poco menos que desconocido entre nosotros. Su obra euskérica, de escritor vasco, tiene un particular

interés, tanto por los valores propios que pueda encerrar como por el testimonio que nos aporta para el mejor conocimiento de la historia geográfica de nuestra lengua, por tratarse de la obra de un hijo de Sabando, lugar que ha quedado tan lejos de las actuales fronteras del euskera.

El P. José Ignacio de Arana, a finales de la pasada centuria, citaba a Gámiz (aunque con nombre equivocado, el de José Antonio de Butrón y Mújica), entre los autores vascos clásicos del siglo XVIII, como escritor cuya obra no debería desconocer nadie deseoso de conocer a fondo la lengua vasca y su literatura. A falta de un número para él en el programa de este acto, quede, por lo menos aquí esta mención de su nombre, haciendo votos porque los hijos de San Ignacio de Loyola, poseedores de su obra manuscrita, la pongan al alcance de todos los interesados lo más pronto posible.

De una generación algo posterior y natural de otra zona que ha perdido su antigua lengua es también José Pablo de Ulibarri y Galíndez, otro escritor euskérico alavés, sobre el que vamos a concentrar nuestra atención por unos momentos. Cultivó el vascuence. Y lo cultivó en prosa y en verso. Pero más que como escritor, le corresponde un lugar destacadísimo entre los hombres de su tierra que más fuerte sintieron la llamada de la lengua nativa y más denodadamente lucharon entre nosotros por despertar la conciencia de sus paisanos, promoviendo entre ellos un esfuerzo unido y sistemático, a nivel individual y colectivo, para dar a la lengua de sus mayores el rango que creyó corresponderle, así en la vida privada como en la social y pública.

No era del todo desconocida entre nosotros la personalidad de Ulibarri. De unos años a esta parte, el *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País* está contribuyendo a la divulgación de algunos aspectos de su obra con la publicación, siquiera sea parcial y fragmentaria, de su famoso manuscrito. Pero hasta estos últimos años nadie había indicado ni llegado a sospechar el origen alavés de su autor, más conocido con el apelativo de *El Herrador* vascófilo de Abando, con que le bautizaron entre Fernando de la Quadra Salcedo y Julio de Urquijo a principios del siglo. Una lectura más atenta del manuscrito, que su autor tituló *Gutunliburua*, ha permitido aclarar este dato y ha hecho posible la obtención de una

imagen más cabal de la personalidad de Ulibarri y de las varias facetas de su actuación euskerista.

El *Gutunliburua*, efectivamente, afirma repetidas veces el origen alavés de su autor, su nacimiento en jurisdicción de la tierra de Ayala, concretamente en Oquendo, pueblo del que nos suministra detalles curiosos e interesantes.

Sea el primero la forma propia de su nombre, que Ulibarri escribe Ocondo, y algunas veces Ucondo. Cualquiera de estas formas nos está dando indudablemente la forma más originaria del nombre vernáculo de este lugar. Compárese con la doble forma conocida de otro pueblo alavés: Zaldundo-Zalduondo, y aun con el nombre de otro lugar vecino de Oquendo, que es Luyando, cuya forma primitiva debió de ser Luyaondo.

Oquendo era por aquel entonces un pueblo totalmente de habla vasca. Así nos lo presenta Ulibarri. Hablaba vascuence todo el pueblo, tanto la zona baja alrededor de la Parroquia de Nuestra Señora de Unza, como la zona alta de San Román, que Ulibarri llama de Ocondogoyena, traducido al castellano, Oquendo de Arriba, y que ahora llaman algo contraído Oquendojena.

Pero otra afirmación hay en el *Gutunliburua*, que tal vez a muchos suene a peregrina: la afirmación de la existencia de dos escuelas vascas en Oquendo en la infancia de Ulibarri, una por cada parroquia. Dos escuelas vascas, y en el centro del pueblo una tercera, castellana ésta, para quienes la prefirieran, frecuentada principalmente por jóvenes con propósitos de emigrar.

Al decir de Ulibarri, su pueblo natal debía de ser de fuerte emigración. Y llega a afirmar, no sin algún orgullo, que Oquendo había dado hombres de renombre, célebres por mar y tierra, muchos de ellos educados en esas escuelas vascas. Y lo dice en verso:

*Euskerazko eskoletatik urten dabe
gutzizko yakitun andiyak:
iru milla urte onetan
Ukondoko semiak
itxasoz ta legorrez agintari nagosiyak*

Afirma asimismo Ulibarri que las escuelas vascas estaban dirigidas por los sacerdotes del pueblo y en ellas la enseñanza (ésta es su característica) se impartía toda en vascuence. Es afirmación que Ulibarri hace en otras ocasiones extensiva a otras poblaciones vascas, citando casos concretos de personajes conocidos de su época, como el vizcaino José de Murga, que, a través del vascuence, ya había, para los ocho años, aprendido el latín. Hechos de esta naturaleza le proporcionarían más tarde argumentos para defender como viable la idea de la creación de escuelas vascas, en las que el euskera fuera el vehículo único de enseñanza para toda asignatura.

Si tales afirmaciones sonaran a fantásticas a alguien, en su apoyo pudieran aducirse otras ajenas, como algunas del Padre Cardaveraz en su *Euskeraren Berri onak* (1761), que no distan mucho de las del hijo de Oquendo. Y aun en el mismo sentido, parece hablar el hecho de que las más de las primeras gramáticas vascas se escribieron con la finalidad de enseñar a los vascos algún erdera, el latín o el castellano, muy al contrario de las que se escriben ahora.

El que a comienzos de este siglo iba a ser llamado el *Herrador Vascófilo de Abando* abandonó su casa paterna a los pies de su Andra Mari de Unza, de tierna edad, a sus nueve años, para emigrar, no como algunos paisanos suyos a tierras de Ultramar ni a ningún país extraño, sino a un pueblo vasco junto a la ría de Bilbao, acogiéndose a la hospitalidad que le brindaron unos tíos que tenía en Abando.

Sería allá por los años de 1784. Había nacido el 17 de agosto de 1775. Y en Abando continuó su instrucción. Y allí, o desde allí, hubo de seguir su carrera hasta obtener el título de mariscal veterinario, como él mismo se titulaba en una tarjeta que hizo imprimir para anunciarse como tal y en el memorial que quiso presentar al rey Fernando VII en su visita a Bilbao.

En Abando, por los años de 1794, se alistó como soldado en una de las tres compañías que Abando aprestó para salir a oponerse al avance del ejército francés por tierras de Guipúzcoa. Años más tarde recordaba con cierta amargura y remordimiento la vida en el frente de lucha, en las posiciones de Iciar y Sasiola, con el excesivo consumo que allí se hacía de bebidas alcohólicas.

En Abando, a sus 22 años, contrajo matrimonio con una joven del lugar, doña María Josefa de Landa y Urquiza, la Maripatxu de sus cartas, cuatro años más joven que él. No tuvieron descendencia. Y allí, en su barrio de Bilbao la Vieja, enfrente de las siete calles de Bilbao, cerca de los frailes de San Francisco, discurriría el resto de sus días, viviendo del ejercicio de su profesión.

Pronto se hizo hombre importante en la vida de aquella anteiglesia vizcaína, siendo llamado repetidas veces a ocupar los más altos cargos en la vecindad, como el de fiel regidor, llevando tantas veces el chuzo, al decir de él. Lo menos cuatro veces desempeñó este cargo. La última vez, en plena guerra civil, el año 1836, a pesar de sus claras simpatías por la causa carlista.

Las actas del antiguo Ayuntamiento de Abando dan fe también de otros cargos por él desempeñados al servicio de aquella anteiglesia. En 1820, por ejemplo, es archivero contador, y dura en el cargo, con la interrupción del trienio constitucional, hasta 1826. Era en el desempeño de sus cargos de una rectitud inflexible, que le hizo enfrentarse más de una vez a sus propios jefes. Como archivero contador, su firma era necesaria para autorizar toda salida de las arcas del pueblo. Pues él, tan religioso y clerical, tiene todo un pleito con el Ayuntamiento porque se niega a estampar su firma para el pago de una función religiosa organizada por aquél, porque le parece que el gasto es excesivo. El Ayuntamiento le destituye. Pero él recurre y logra mantenerse en el cargo sin ceder en su actitud.

Estallada la guerra civil, con un Ayuntamiento de nombramiento gubernativo bajo el dominio liberal, y a pesar de sus ideas tan poco favorables a la situación política imperante, es nombrado miembro de la comisión que estudia y elabora un nuevo «plan o proyecto económico» para Abando. Y es que Abando parecía no saber prescindir de los servicios de su veterinario cuando se ventilan problemas cuya solución, como dicen las actas, requiere «integridad, conocimientos y capacidad».

Su personalidad de hombre público no quedó encerrada en los términos de la anteiglesia de Abando, sino que trasciende al Señorío entero con su actuación. Las actas de las Juntas del Señorío en Guernica también han dejado constancia de la presencia de Ulibarri en ellas. En dos ocasiones al menos representó a Abando en aquellas

graves asambleas de las que emanaban las normas para el mejor gobierno de Vizcaya. Fueron los años de 1814 y 1829. Y estuvo presente en otra ocasión más, pero no como apoderado de Abando, sino en sustitución del apoderado de Lujua, sustitución buscada y lograda por él, después se dirá con qué fines. En las Juntas de 1829 fue miembro de una Comisión nombrada por las mismas para buscar una transacción entre el Señorío y el Consulado de Bilbao, y en unión con otro de los vocales formuló un voto particular disintiendo del dictamen de la Comisión.

En política fue siempre decidido anticonstitucionalista. El movimiento liberal encarnado en la Constitución de Cádiz era para él un movimiento diabólico, y lo combatió por enemigo de los fueros vascos y por enemigo de la religión. Para calificarlo creó un término propio en vascuence: Debruziñoa, acción diabólica, como quien dice.

Muy adicto a Fernando VII, como a Señor de Vizcaya, (Ulibarri había obtenido carta de vecindad y de nobleza vizcaina el año 1816 oficialmente), manifestó especial empeño por entrevistarse con el monarca cuando el año 1828 realizó éste su gira por Guipúzcoa y Vizcaya. Quería ofrecer sus servicios de mariscal veterinario. Buscó para conseguirlo los servicios (que no dieron resultado) de Juan Ignacio de Mendizábal, el impresor de Tolosa y uno de los prohombres de Guipúzcoa en aquel entonces. Este debería entregar un memorial redactado al efecto en castellano. Pero llegado el momento, Mendizábal tenía instrucciones de Ulibarri en el sentido de que dirigiera su primer saludo al rey en vascuence. El monarca no podría llevarlo a mal, tratándose de un saludo dirigido a su Señor en nombre de un vizcaino, tan adicto además a su persona en momentos tan críticos para la causa monárquica.

Este solo dato es revelador del alma vasca de Ulibarri. Y una vez presentado el marco en que se desarrolló su vida, ha llegado el momento de hablar de lo que él representa como vascófilo y como escritor euskérico, que es la manifestación más característica de la personalidad de este hijo de Oquendo.

Aquí fue, ante todo, un despertador de la conciencia euskalduna. El mismo representa la manifestación o aparición de esa conciencia tal vez nunca sentida en forma tan intensa y agudizada en

un simple hombre de nuestro pueblo. Pero conciencia que no queda en pura contemplación ni exaltación, sino que impulsa a la acción. Y a una acción sabia, la conducente en el caso, enderezada a salvar y fortalecer la vida del euskera. Sin duda, como hijo de su siglo, aceptó crédulamente fantasías románticas sobre el origen de su pueblo o sobre la antigüedad y pureza de su lengua, pero no fue para quedarse ahí bobamente extasiado ante ellas en gesto de necia vanidad. Pensó que había que actuar lógicamente. Pensó que era deber de todo vasco impedir la desaparición de su lengua, mimarla, conservarla y cultivarla. Empezando por hablarla, teniendo a honra el usarla siempre como medio ordinario de comunicación entre los que la tenían por la lengua materna y se preciaban de vascos, reservándole el puesto de honor que le correspondía, no sólo en la familia, en la iglesia, en la calle, sino también en las asambleas públicas civiles o en las actas que recogen sus resoluciones.

Hay datos expresivos y reveladores de las exigencias que Ulibarri formulaba en este punto.

Desde sus años de archivero-contador, comenzó a llevar él un copiadore de las actas del Ayuntamiento de Abando, que hoy se guarda en el archivo municipal de Bilbao. Como simple copiadore que es, las actas están en la lengua en que se redactaban, en castellano. Pero Ulibarri añade al margen algunas observaciones suyas en vascuence. Y al entrar en el año 1826, no puede menos de expresar el dolor que ello produce en su alma: «Emen sartzen da 1826'gn urtea, izquiribaturik erdera mingaitz latzian». El preferiría ver las actas redactadas en la lengua de sus vecinos. Sólo una vez encontramos un comentario marginal en castellano, y es cuando fue relevado de su cargo de archivero-contador. Si hemos de creer al comentarista, su destitución ha sido consecuencia de las maquinaciones de quienes «se intitulan guardias del honor» y «son catedráticos de junto al pellejo de vino mientras los oficios divinos y la Misa Mayor». Nunca fue amigo de este tipo de «catedráticos» ni, en general, de tabernas ni tabernarios.

Hizo ley de su vida el lema «Euskaldunei euskeraz». Los hermanos Cengotita-Bengoia, Juan y Francisco, dos hijos de Bériz, siguieron la carrera de las armas y eran ambos jóvenes coroneles, de caballería e infantería respectivamente. Con ambos entabló amistad

el veterinario de Abando (sin duda en razón de su mismo oficio) y mantuvo correspondencia epistolar. Y en una de sus cartas decía a Francisco: «Euskaldunari eguño ez (egin) erderaz, euskaldunari beti euskeraz orra zeure adiskidiaren esan maitia, Praisku».

Por su epistolario desfilan distinguidos hombres públicos tanto de Vizcaya como de Guipúzcoa: el marqués de Valdespina, Novia Salcedo, el ministro Erro, etc. Con todos se atiene en sus cartas al lema que se había fijado.

Así buscaba y promovía la rehabilitación social del euskera. Y con esta misma preocupación hizo campañas en favor de que se implantase oficialmente en el País Vasco la enseñanza del vascuence en las escuelas, y propuso a quienes juzgó más capacitados la preparación de un diccionario y una gramática que recogieran el más completo caudal de voces y de leyes del habla vasca. Y aún fue más ambicioso en sus planes y exigencias, que no se contentaban con menos que la implantación de lo que pudiéramos llamar la escuela vasca, es decir, enseñanza del vascuence y enseñanza, además, en vascuence sobre todas las asignaturas corrientes en cualquier otra escuela o grado de enseñanza.

Una moción pidiéndola había preparado Ulibarri para presentarla a las Juntas de Guernica al término ya de su mandato como apoderado de Abando en ellas en 1829. Era ya tarde y no podía optar a un nuevo mandato para el siguiente bienio en representación de Abando porque se lo impedían las normas vigentes en la anteiglesia. Fue entonces cuando se las apañó para conseguir la representación de otra anteiglesia vizcaina. Acude a Guernica muy ilusionado como apoderado de Lujua. Pero no pudo asistir sino a las sesiones de la primavera. Las fastidiosas consecuencias de un accidente, de una caída en las escaleras de su casa, le obligan a permanecer inactivo y alejado de toda actuación pública y aun de su propio trabajo profesional por dos años. Sus ilusiones quedaron cortadas en flor.

Con todo, la semilla por él lanzada en el surco fue sin duda la que once años más tarde, el año 1841, había de fructificar en el acuerdo tomado por las Juntas del Señorío para el establecimiento de una cátedra de lengua vasca en el Instituto Vizcaino que se proyectaba. Y fue asimismo en el sentido de las reclamaciones tantas

veces formuladas de Ulibarri el acuerdo de las mismas Juntas de «que diariamente se trajese a la Junta en lengua vascongada por escrito el extracto del acta de la sesión precedente».

Ulibarri abogó asimismo por la creación de una especie de Academia de la lengua vasca. La idea no había nacido en él, precisamente; la tomó de Erro. Pero él la hizo suya y se movió y trabajó por verla realizada con el apoyo de las Juntas de Guernica. Habría de constar de 24 miembros y sería una verdadera *Euskal-izaindi*, con la misión de velar por la conservación del Euskera, de difundirlo y dignificarlo.

La puesta en práctica de todas estas ideas y planes llevaba consigo la necesidad de tener a mano una biblioteca vasca bien surtida. Y Ulibarri no escatima gastos cuando se trata de adquirir libros escritos en vasco o sobre vascos. Estaba vivamente interesado en comprar cuanto se hubiera escrito en vascuence o relacionado con su país y su lengua. Fue de una curiosidad extrema en este punto. Aquí van unas muestras.

Llega a su noticia que el marqués de Valdespina espera una buena remesa de libros interesantes que le vienen de Francia e inmediatamente le escribe: «Yauna, ain da aundija nere gurarija gauza orrelakoak ikusteko ze, ezin eperik eman dit biotzak; eta aizartu naiz aurpegiz aurpegi berorri eskribitzen».

Acompañando a los duques de San Fernando, lleva a Bilbao el año 1833 José Francisco de Aizquibel, ilustre vascófilo y autor luego del gran diccionario vasco-español que lleva su nombre. Inmediatamente recibe de Ulibarri un espléndido regalo de libros vascos, algunos bien raros, que causan la admiración de Aizquibel, quien se ofrece a pagar a su donante 2.000 reales por ellos. Pero ofendido éste, le contesta: «Logrerua ez naiz ni izan iñoz; eta emoten deusat Verbategia egiteagatik». Es decir: «Jamás he sido interesado; yo se los regalo a usted, porque haga el diccionario». Se procuraba cuantos libros podía para sí y además los agenciaba para otros.

Muchas de nuestras bibliotecas se han enriquecido con ejemplares de obras vascas que este distinguido hijo de Oquendo fue acumulando en su vida, marcados con su inconfundible *ex-libris* y su firma característica: el dibujo de un navío de tres mástiles y encuadrado en el casco del navío escrito su segundo apellido, Galíndez.

Ulibarri debe ocupar por todo lo que antecede un lugar distinguidísimo, no sólo entre los amantes de nuestra literatura, sino también entre los precursores del despertar literario vasco.

Ahora bien, ¿cuáles son las propias realizaciones suyas en el campo del cultivo de la lengua vasca? ¿Qué obras en euskera se deben a su pluma?

Es la pregunta a la que queremos contestar a grandes rasgos a continuación.

1) Su primera producción fue un fruto bien humilde ciertamente: un almanaque vasco («Egunari eusquerazcoa»), que lo destinó para el uso de vizcainos, guipuzcoanos y alaveses, como reza su título. Este almanaque nació de un desafío que se cruzó entre Ulibarri y un *erdaldun*, que se comprometió a costear la edición caso de que Ulibarri demostrase ser posible escribirlo en vascuence. Ulibarri cumplió con lo prometido por su parte, pero tuvo que cargar asimismo con los gastos de la edición, ya que el *erdaldun* desapareció luego sin dejar señas. Muchos años después aún llegaban al autor peticiones de su almanaque, hasta de Navarra. Esta obrilla, en su modestia, hace a este escritor alavés ser el precursor entre nosotros de esta clase de publicaciones. Data de 1815.

2) Es autor de algunos de los villancicos de su tiempo, de los que tradicionalmente se publicaban y cantaban en Bilbao y Abando todas las Navidades desde tiempo inmemorial. De los que en vida de Ulibarri se dieron a la estampa, algunos son ciertamente de él. En su tiempo, cabalmente estos villancicos adquirieron un carácter mixto religioso y profano a la vez. Al villancico propiamente dicho seguían unos zortzicos de contenido muy a tono con las preocupaciones de Ulibarri, que exaltan los tiempos antiguos, los fueros; propugnan un movimiento en favor del euskera y hasta de una economía mejor dirigida. Una vecina de Abando es autora de varios de ellos. Es Vicenta Moguel, la fabulista vasca, que más de una vez fue colaboradora de Ulibarri en la revisión y corrección de escritos suyos cuando éstos tenían por destinatario algún personaje de pro, como el ministro Erro. Pero de otros villancicos Ulibarri es evidentemente el autor, que es felicitado por el acierto de sus versos. Los villancicos siguieron publicándose cada año, con alguna excepción

impuesta por medidas gubernativas en la etapa última, hasta el 1832 cuando menos.

3) Pero la obra principal de Ulibarri quedó inédita y la mayor parte de ella tampoco estaba destinada sin duda a la publicidad. Es su *Gutunliburua*, en la que cabe distinguir dos partes principales. La primera, la que mejor responde a su título, está constituida fundamentalmente por su epistolario, así por las cartas que escribió como por las que recibió. Contiene también otros escritos. Así, algunas efemérides, escritas posiblemente al paso de sus lecturas, como resumen de lo leído; fórmulas de contratos con sus estipulaciones con los aprendices de herrador (redactados en vascuence o en castellano, según fuera vasco o no el solicitante); relatos de sucesos de su vida, como el del registro policíaco efectuado en su domicilio durante el sitio de Bilbao, en que le faltó el manuscrito de un diccionario vasco, etcétera. Merecen destacarse, como exponente de su ideario, la primera carta dirigida a don Diego de Basaguren, del año 1823, fecha inicial del epistolario, y un memorial destinado a los diputados vizcainos del lado carlista en 1834, que vienen a ser verdaderos manifiestos y programas de acción para los vascos en consonancia con sus ideas tantas veces expresadas.

Entre las cartas y otros documentos de diversa índole, se van de vez en cuando insertando en el manuscrito envíos poéticos a sus amigos con motivo de sus onomásticas, en los que no pueden dejar de salir a relucir y de escucharse, como estribillos, los temas de sus constantes propagandas.

He aquí, por ejemplo, una muestra del tema de la escuela vasca:

*Esaizu: zelan da au,
(edo) zetara adi gara?
Euskera berba eginda,
eskolia erdera?
Ori da asmo gaiztoak
egitia gu galtzera.
Esan biarrian Aita Guria
esaten Padre Nuestro
erderazko garrazkerian!*

Hay también duros ataques contra las tendencias erderizantes de los bilbainos, sus vecinos de enfrente:

*Zer garbitu asko dago
emengo lekuetan.
Uri au da geure galtzaille
gauza guztietan,
egin dan legez pozua
erdera loiekaz,
mota guztiko suge ta
ganeko piztiakaz.*

También está expresado en verso el proyecto de la constitución de una Academia de la lengua vasca:

*Oegtalau gizon biar dira izentau
Gernikako batzarrian
egiteko alegin an,
euskeraren ganian.*

4) En la segunda parte de su *Gutunliburua* es donde su autor aparece haciendo más de propósito sus pinitos literarios. Es hacia el final de sus días, una vez retirado ya de toda vida pública.

Esos ejercicios suyos en verso, entre literarios y didácticos, están recogidos en las últimas ciento y pico páginas del manuscrito, escritas a dos columnas, de las 392 de que consta el tomo. Parecen escritas no por el mismo Ulibarri, sino al dictado suyo por amanuenses femeninas bastante inexpertas, lo que explica las indecisiones e incorrecciones ortográficas de que están plagadas.

Consta el nombre de una de ellas. Se llama Valentina o Balentzi. Y hay un momento en que el que dicta le advierte, también en verso, que afine la pluma y se esmere en escribir claro:

*Balentzi:
imini lumia zorrozki,
nasaro onean izkribatzeko
garbirik eta ederki*

¿Qué se propuso el autor en esas páginas versificadas? Puede afirmarse que, por más que los temas parezcan a una lectura superficial dispares, hay en ellos cierto propósito unitario evidente. Se diría que contienen un poema didáctico, destinado a instruir de primera intención a las mismas amanuenses, que nos imaginamos podrían ser algunas sobrinas suyas con las que viviera. Los temas desarrollados son de la historia sagrada y profana, empalmando con la historia del pueblo vasco, su aparición en Euskelerría y su establecimiento definitivo aquí en lucha con los elementos para conquistar su mar y sus tierras. No hay relatos de hazañas bélicas. Con ser el autor exaltado admirador del pasado, no hay lugar en sus versos para gestas guerreras, como si no tuviera fe en la legitimidad de otras luchas que no sean las que el hombre emprende para dominar la naturaleza. Así, la mejor parte de su poema es un canto a la vida del labrador, del ferrón y del marino vascos, a la inteligencia y habilidad desplegadas por nuestros antepasados en poner la naturaleza que les rodea, mar y tierra, a su servicio.

En los temas didácticos desarrollados no falta uno, bien refractario a ser tratado en verso como es el de las matemáticas, ni una lección largamente explicada acerca de la educación del niño desde que nace hasta que, a través de su desarrollo en la familia, se capacita para actuar en la sociedad.

Tampoco hay apenas asunto en que, venga o no venga al caso, por *a* o por *b*, no se introduzca el tema de su euskera o erdera.

Véase cómo lo hace, por ejemplo, al narrar la caída de los ángeles:

*Bere ederrena ederrez
len uste ebana izan
zeruan burua,
orain bere lagun ainiñoen artean da
erdaldun sulezekua.
An da buru, an da agintari,
an danatuen errondari,
here erderaren merkatari.*

Las últimas páginas van dedicadas a su Oquendo natal conteniendo una descripción del pueblo y de su caserío y un canto a la valía de sus hombres y a su condición de euskaldunes:

*Okondoko erria,
da euskaldun bere izatia...*

La obra tiene un final brusco, dando la impresión de quedar truncada e inacabada. Cuando se escribían las últimas líneas, según parece leerse con alguna dificultad por obra de la polilla, debía de correr el año 1844.

Tres años más tarde, el 5 de mayo de 1847, moría en Abando, su pueblo de adopción, el hombre que tantos planes había concebido para el bien del pueblo vasco y para el resurgimiento de su lengua. Si los planes no prosperaron, acháquese, no a la inviabilidad o falta de sentido realista de los planes, sino más bien a las luchas fratricidas que se habían iniciado ya y habrían de absorber la atención y energías de sus paisanos.

José Pablo de Ulibarri, que se adelantó a tantas iniciativas que aún pugnan por abrirse paso, promotor de la escuela vasca y aun del proyecto de crear una Academia de la Lengua Vasca, bien ganado tiene el derecho a este recuerdo que la Academia Vasca, ya fundada y con 50 años de existencia, le dedica hoy ante sus paisanos en esta Alava que le vio nacer.

Bilbon, 1969-VII-10ean

EUSKALTZAINBURUAREN HITZAK

Jaun ta Andreok

Gure Euskaltzaindiaren gaurko jai au, D. Julio de Urkixo zarenaren omenez egin nai degu; merezi ere bai bait zuan Deustu'ko seme argi ark, Bilbao batean au bezelako omen-aldi bat berari opatzea.

Itz-aldi ederrik entzungo dezute laister, gai oni buruz. Baiñan nik ere, gaur Euskaltzainburu naizenez, eta D. Julio bera apur bat ezagutu nuanez, nik ere zerbait esan nai nuke.